

Testimonio

Miguel el «mudo»

Carlos Díaz

Miguel, el de corazón grande

Poco se habría imaginado Miguel Liébanas Jordán (Jaen 22-julio-1935/Madrid 10-marzo-1994) que alguien fuera a dejar constancia de su humilde paso por la tierra; un peón de albañil (*peón suelto*, según gustaba él mismo autodenominarse) como Miguel, hijo de Francisca y de Pedro, pero sobre todo del Hambre, motivo único por el cual se criaría en un hospicio para evitar morir de inanición, ¿qué «méritos» podría exhibir como para pasar a los libros de los hombres, donde se llevan las grandes contabilidades: Miguel iba para soldado desconocido, esa fosa común donde una sola medalla de latón conmemora vagamente el anonimato, pues su *curriculum vitae* no da para mucho, siendo la única asignatura allí cursada la de cómo huir del hambre: el mismo hambre que le metió en el hospicio primero, le centrifugó después hacia fuera de su patria llevándole hasta la emigración a trabajar en los peores puestos, lo mismo que a tantos otros españoles anónimos de nuestra historia.

Y, para colmo, la suya ha sido una vida con muchos años (la mayoría) de trabajo marginal y de gratificación mínima, de salario base y sin seguros, de laboreo sumergido, de chapuzas, de trabajo negro, en definitiva, pues también existían entonces y existen ahora trabajadores negros en Europa, conforme al título de un libro de Ernst Klee que yo mismo tuve la ocasión de traducir en 1973 para la Editorial Zyx, titulado precisamente *Los negros de Europa (sobre la situación de los emigrantes en Alemania)*.

Años y años en un oficio durísimo, y al final la baja por incapacidad laboral, o, más precisamente, por incapacitación, ya que después de tanto esfuerzo arrastrando sacos, tirando de carretillas y haciendo mezclas a la intemperie del invierno gélido y del verano tórrido, su corazón había quedado

para el arrastre, discapacitado: tras una larguísima y complejísima operación, de la que sale bien aunque ya muy sometido a medicación, tiempo después muere (según el certificado médico) de *cardiopatía isquémica* como un pajarito en su casa, sin dar un quejido, sin causar molestias, sin que nadie se entere; también aquí, murió como había vivido: de puntillas, ontológicamente modesto y filantrópico.

Y, ya que hablamos del corazón de Miguel, no me resisto a contar a los demás la anécdota que tú mismo, Miguel, nos contaste un día en casa a Mary Juli, mi mujer (tu amiga *schön* ¿te acuerdas?), y a mí: recién subido a la habitación tras la tremenda operación a que has sido sometido ¿con qué te encuentras? ¿Pues te encuentras con tu amigo Carlos Díaz en la televisión, nada menos que en un programa de Mercedes Milá, y lo que te está preocupando en ese momento es el mal trato que está recibiendo tu amigo, hasta el punto de que —medio en broma medio en serio, nos decías— te irritas tanto, que casi vuelve a darte allí mismo un infarto! La anécdota, broma y veras, relata espléndidamente quién ha sido Miguel, sencillamente el hombre de más grande altruismo, de más desprendidos y nobles afectos que uno pueda pensar, aunque parece exageración.

Miguel, hombre anónimo, sin egografía, pero con una enorme biografía y una magna cardiografía, tenías el corazón demasiado grande, y moriste porque te continuó creciendo la masa cardíaca en ese cuerpo tuyo, no habiendo ya lugar para ella ni siquiera en todo el cuerpo social de esta España raquíctica, en la que tú, gigante megalocárdico, apenas cabías a pesar de tu escasa estatura, esta España a la que tan apasionadamente amabas porque no te gustaba.

Llevado por los sistólicos de tu gran corazón, tú, don nato, Donato de nombre verdadero, —donante universal— te quedabas sin nada, dabas hasta tu propia sangre, hermanito. *Nihil habentes, omnia possidentes*, no teniendo nada, lo poseías todo, y tu forma de disfrutarlo era regalándolo. No tenías dinero, pero en casa pocas veces —si es que alguna— te presentaste sin una tarta, sin una delicadeza para los niños, tus niños, eterno niño. Seré más preciso: eras tú quien te regalabas a tí mismo con una fidelidad exhaustiva, siempre sonriente, siempre amnésico para el mal padecido, siendo tú mismo don permanente, per-dón entero y verdadero.

En la antípoda de la avaricia te-saurizadora, has sido (ahora te lo digo, algo tarde, pero seguro que te gusta porque lo tenías a gala) el hombre más ligero de equipaje que hubiera podido soñar poeta alguno. Lo tenías a gala, y te hacías a la mar oceánica sin nada, excepto, eso sí, no hay que exagerar, Miguel, excepto con tu célebre *paquete de perborato* y tu cepillo de dientes, esos dientes tan blancos siempre, sin una caries en aquella boca —¡ay, aquella, mentira parece hasta hablar en pasado!— que centraba una cabeza bien rapada, muy rubia, blanca de tez, de porte señorial, casi romana.

Miguel, «obrero consciente»

Miguel, decíamos, cursa una sola asignatura durante toda su vida, a saber, la de cómo ingeniárselas para huir del hambre; pero no sólo de pan vive Miguel, porque tan grande y aún más grande que el otro hambre material es en él el hambre de saber. No para de leer, lo mejor que se le puede regalar son libros; tiene al final una televisión vieja, sobre todo pensando en Mary, pero lo suyo es leer, leer infatigablemente, todo lo que caiga en sus manos; incluso, su pequeño orgullo consiste en ¡haber leído hasta a Emmanuel Kant!, aunque consciente de la ininteligibilidad de la «Crítica de la Razón Pura» se ríe con humor autocrítico cuando habla de esa lectura; pero lo que siempre entre risas valora es

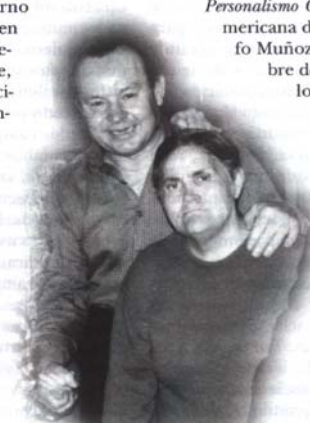
ese atrevimiento, esa dignidad, esa voluntad de aventura intelectual y humana.

A Miguel no le arredra ninguna discusión de intelectuales, porque tenía sabiduría de lo esencial. ¡Pues anda aquella vez que los críticos de la derechona franquista trataron de echarme abajo la conferencia «Personalismo obrero» (recien publicado mi primer libro, precisamente titulado

Personalismo Obrero) en la Sociedad Iberoamericana de Filosofía fundada por Adolfo Muñoz Alonso! Aquel 21 de diciembre de 1870, en la octava planta de los Sindicatos, siendo una de mis primeras conferencias, y habiendo yo invitado a ella a mi esposa, Mari July, a mi madre, y a Miguel, yo veía enojecer por momentos a mi fiel peón de albañil frente al tipo aquel que para atacar a Mounier sólo se le ocurría apelar a la obra social del Padre Gafo, nombre que yo entonces oía por primera vez en la juventud de mis veintitantos años! Si aquello dura un poco más...

A pesar de su escaso jornal, aquel peón suelto compra el periódico y lo lee con fruición, no se le escapa nada. ¡Había que ver qué memoria tenía para los acontecimientos políticos, así como para las citas literarias! Desde luego para su circunstancia vital exhibía un culturón. Algunas veces nos llevó él mismo al cine a ver películas deliciosas, pues no podía evitar transfundir su gozo y necesitaba darlo a conocer, volviendo a contemplar de nuevo con los amigos el tesoro que había descubierto solo: todas las películas que Miguel recomendaba, por cierto, eran deliciosas.

Y, claro, como la vida fue su escuela, se convirtió en un espabiladísimo *autodidacta*. Tampoco a Miguel le importaba decir los nombres de los autores extranjeros a trompicones, antes al contrario hacía chanza de ellos, pero los decía, por eso (de algún modo) me parece que en líneas generales el fondo de la siguiente descripción del *obrero consciente* que hace el notario de Bujalance, J. Díaz del



Moral –salvadas las distancias epocales– cuadra también para él, sobre todo habida cuenta del anarquismo vital de nuestro amigo, anarquismo tan vital que le llevó a mantener siempre al día, religiosamente, su cuota de filiación a CNT, cuyo carnet con los correspondientes sellos comprobantes llevaba consigo, más que nada por solidaridad romántica:

«El obrero consciente, como ellos lo llaman, suele ser hombre de entendimiento despejado y de palabra fácil. Tiene abundantes lecturas de la literatura anarquista. Prensa y folletos principalmente; le son familiares los nombres de sus correligionarios más distinguidos; no es raro el que ha leído algún resumen de ciencias naturales, de historia o geografía de los publicados por la Escuela Moderna; leen también periódicos burgueses de matiz liberal y novelas y dramas románticos. De la doctrina socialista y de sus defensores sólo conocen el nombre de Marx, para execrarlo. Los demás elementos de la cultura general les son completamente extraños; escriben como los campesinos, a cuya clase pertenece el 98 por 100 de ellos. Algunos intentan abandonar el dialecto y pronunciar en castellano, tal como se escriben las palabras. Tan modesto bagaje les autoriza, en cierto modo, a creerse muy superiores a las masas, cuya inconsciencia e incultura, objeto de sus desdenes, engendran el desaliento, tan frecuente en los que han sufrido etapas de decadencia. También se reputan superiores en instrucción a sus patronos; y no puede negarse que, respecto a buena parte de ellos, tal opinión es exacta.

En los obreros conscientes existe al menos un sincero interés por la cultura como palanca de la revolución, y un noble afán de aprender; y con la corriente antiintelectualista coexiste otra de admiración al trabajo intelectual y de respeto para quienes a él se dedican. El obrero consciente, como los discípulos madrileños de Fanelli, se creen en posesión de la verdad absoluta, evidente, e irrefutable, que está siempre dispuesto a discutir contra todos, sea cual fuere la categoría cultural del contrincante. Como a aquel grupo madrileño e internacionalista, los meetings de controversia les apasionan.

Quizá lo más característico del obrero consciente es la atracción que el arte ejerce sobre él. En mayor o menor grado, todos son oradores y escri-

tores, y son precisamente estas cualidades las que les atraen la adhesión de las masas. La prensa obrera está llena de artículos de campesinos cordobeses y no son escasos los folletos escritos por manos encallecidas por la azada. Ver sus escritos en letra de molde o pronunciar un discurso en un meeting constituyen la mayor de sus satisfacciones. Los periódicos anarquistas y sindicalistas necesitan un redactor para leer, interpretar y escribir de nuevo los numerosos artículos de estos colaboradores espontáneos. El socialismo tendría en Andalucía más adeptos si su prensa publicara los artículos escritos con letra ininteligible y radicalmente enemigos de todo precepto gramatical. Los gustos literarios de los campesinos cordobeses siguen siempre iguales rumbos: les entusiasma el estilo apasionado y altisonante, saturado de imágenes, las execraciones e imprecaciones, y sobre todo las palabras nuevas para ellos, los vocablos raros y, por lo tanto, preciosos, no usados en el lenguaje corriente. ¡Los masas de Lucano y de Góngora siguen recibiendo culto en la campaña! El trabajador que leyó u oyó *acuciar*, *concretar*, *surgir*, *perpetrar*, *abúlico* u otras dicciones análogas se apodera de ellas y las exhibe en cuanto puede; mas, como desconoce su significación exacta, les infunde otra personalísima y sus escritos resultan a veces desastrosamente ininteligibles e incoherentes. Y lo peor del caso es que las utilizan también en sus discursos y en la conversación ordinaria, que resulta una extraña mezcla del dialecto, pronunciado al estilo campesino, y de giros, frases y palabras literarias.

Pero no es raro tampoco oír en los meetings de campesinos a oradores de verbo abundante y cálido, artistas de la palabra; y hay algunos que escriben con buena ortografía y redactan con soltura. El obrero consciente no prueba el alcohol, no fuma, no juega a los juegos prohibidos, no pronuncia jamás la palabra "Dios"... son además observantes rigurosos del vegetarianismo y del naturismo» («Historia de las agitaciones campesinas andaluzas: Córdoba». *Revista de Derecho Privado*, Madrid, 1929, pp. 225-227).

¡Cuánto le gustaba hablar a nuestro «obrero consciente»! Si algún defecto tenía Miguel, obrero consciente, era el de no parar de hablar, filóglota innato. Podía estar horas y horas disertando, por algo le llamábamos Miguel *el mudo*; sin embargo, tengo que decir que para mí constituía un descan-

so, pues -habitudo a darle a la sin hueso por donde iba- estar con Miguel significaba asegurarme el descanso. Miguel ponía el piloto automático, y tú a descansar. Además tenía una gracia incomparable, y en ocasiones te reías con él a reventar. Rara fue la vez que no me quedé con ganas de grabarle sus parlamentos para luego repetir giros inequívocamente suyos que constituían auténticas piezas oratorias, palabras clave que en un momento de inspiración sin par iluminaban la cuestión y que podían ridiculizarlo todo, especialmente cuando dirigía sus dardos satíricos contra gentes de la clase trabajadora aburguesadas en su alma, a las cuales fulminaba con sarcasmos agudísimos y venablos definitivos. Qué río de ingenio, Dios mío. Ay, Miguel, qué pena no poder volverte a escuchar, y qué estupidez no haber grabado alguna vez ese tu hermoso chorro de retórica innata, natural, surgida como los juncos al lado del arroyo, que hubiera podido llevarse directamente y sin ningún retoque al papel, cual auténtico modelo de casticismo.

Tampoco queremos decir que sólo gozara escuchándose; desde luego, no vamos a negar que le encantaba sentirse escuchado, disfrutaba como un niño. Pero bastaban dos palabras tuyas para que su sensitivo, intuitivo, finísimo espíritu se hiciese cargo de tus cargas y de tus relatos. Tenía un golpe de ojo para captar situaciones como muy poca gente. Sabía de qué pie cojeaba cada cual, y quizá eso no fuera tanto un don innato cuanto un producto del hambre mismo, del hambre, sí, pues una sabiduría semejante sólo adviene tras una intensa y rápida observación del otro al que hay que afrontar con un solo gesto desequilibrador, tal cual lo hacen los hambrientos (no sólo los hambrientos físicos, también -y éste no era el caso de Miguel- los psíquicos), pues esa es sabiduría hambrológica, aunque además tenga mucho de connatural.

La cosa comenzó en Alemania

Fue en Alemania precisamente cuando nos conocimos durante el curso 1967-68. Yo estudiaba allí y él, como tantos otros españoles de la época, había ido a trabajar a la lejana *Bundesbahn*, la Renfe alemana. Pertenece yo al círculo de colaboradores y amigos de Marcelino Legido, que había sido mi profesor de filosofía en la Universidad de Salamanca y al que ahora reencontraba en Munich,

ciudad donde él hacía su segunda tesis doctoral, esta vez, ya sacerdote, sobre san Pablo, mientras por expresa fidelidad a los pobres vivía con ellos en una de las residencias que dicha *Bundesbahn* había mandado construir a las afueras de la ciudad para los *Gastarbeiter*, palabra que literalmente significa «trabajador invitado» y que en realidad constituye un eufemismo, pues se trataba de una especie de ghetto compuesto por una serie de torres altas situadas hábilmente a las afueras de la ciudad, cada una de las cuales torres albergaba a emigrantes de distintos países, y que recordaban a Babel por la pluralidad de lenguas separadas por estratos: abajo los turcos, luego los italianos, encima los españoles, luego los griegos, y así sucesivamente. Allí había ido a parar Marcelino Legido, y hasta allá incursionábamos ocasionalmente sus amigos para echar una mano, aunque quizá estorbábamos más de lo que ayudábamos, pero al menos para mí aquello significó el encuentro con la más grande escuela de formación que jamás hubiera podido soñar: aquello era otro mundo asombrosamente nuevo y situado en las antípodas respecto del mío.

¿Qué decir de aquellas residencias de hombres transterrados? El desarraigo en un país tan extraño al nuestro, el idioma tan dificultoso, la soledad tan dura, el clima tan ceniciento, la necesidad de ahorrarse al máximo para enviarlo a la propia familia en España, todo eso desquició a bastantes: a unos les retuvo reclusos en sus paredes por miedo a salir a un espacio vital abierto en el que no sabían desenvolverse, a otros les consumió la nostalgia o incluso terminó por enloquecerles (¡aquellas órdenes de los jefes alemanes en aquel idioma parecían insultos!), a otros muchos les llevó al abandono de la esposa y de la familia, aunque no faltaron los que mayoritariamente aguantaron aquella Odissea y supieron escribir páginas bellísimas de fidelidad, sacrificio y amor por los suyos. Pero el ambiente era altamente anómalo, baste decir que se tenía prohibida la visita de mujeres y podremos hacernos una idea del olor a macho desquiciado que reinaba desde el primer piso hasta el último: un botón de muestra entre jocoso y pernicioso lo constituye al efecto el caso de aquella pobre prostituta que, intentando burlar la vigilancia del guardián de torre, quedó atrancada en una ventana del piso bajo por donde intentaba colarse, habiendo

de ser sacada de mala manera, no recuerdo si incluso con auxilio de los bomberos.

Pues bien, precisamente en aquel sórdido ambiente vivía derramándose inconteniblemente Marcelino Legido, querido por todos los emigrantes a quienes no cejaba de auxiliar después de su propia y agotadora jornada de estudios. Había montado además una especie de escuela de formación donde se enseñaba a leer los rudimentos de la realidad social, una especie de escuela de militantes, lo cual, ¡ay dolorosa ironía de la vida!, no impidió que a su vuelta a España algunos de los allí enseñados no tuvieran más remedio que aprovechar lo así aprendido para opositar a las plazas de policías armadas (los «grises» del franquismo), con lo de este modo terminaban reprimiendo con sus golpes a quienes luchaban por defender lo que a ellos mismos se les había enseñado a defender. ¿Escuela de formación de militantes, pues, o cría de cuervos que te sacarán los ojos? Mas, por otro lado, ¿qué podían hacer los emigrantes instruidos y retornados, sino buscar trabajo donde lo había abundante, a saber, en las industrias de la represión?

Sea como fuere, allí precisamente oí por vez primera a Marcelino hablar de la Editorial Zyx, donde los cristianos procedentes de HOAC se oponían a la dictadura en España, y tantas cosas más, de suerte que todo aquello constituía para mí la escuela de formación más grande jamás imaginada y que cambiaría mi vida tras mi vuelta a España.

Y allí apareció Miguel. Miguel era de ellos, de los que sudaban la camiseta allí, pero él ya estaba enseñado; y no sólo eso, él era un líder nato, un maestro vital que no tardaba en ser notado por donde iba, porque él mismo era *el hombre-mitín*. Sin miedo a nada, un tanto temerariamente incluso, pues Miguel no era «responsable», ni guardaba nada para el mañana, ni estaba sujeto a previsión alguna, ni a prudencia política de ninguna naturaleza, en seguida ponía a cien su corazón y resultaba imposible ignorarle.

Al principio, dada su experiencia muy negativa respecto del clero durante su estancia en el hospicio y en las diversas ocasiones en que la vida le depa-
 ró encuentros clericales, debió resultar muy extraño que un cura y una serie de jovencitos cristianos anduvieran por allá, y además aparentemente al menos del lado de los desheredados. Ciertamen-

te aquello ya no constituía novedad en el interior de la Iglesia española por aquellos años, pero la mayor parte de los trabajadores continuaban asombrándose de aquel gesto de «encarnación» y de «concienciación», como entonces se decía tras la órbita del Concilio Vaticano II. De todos modos su extrañeza no duró apenas nada, dada su enorme vitalidad y su flexibilidad intuitiva. Además ¿cómo recelar de Marcelino? Lo mismo que tantos otros, pero muy especial y duraderamente Miguel (porque era más puro, más pobre y más bueno), cayó fulminado por el espíritu de Dios presenciado en Marcelino. Y se hizo para siempre un incondicional de Marcelino, y del amor de Dios.

Ahí estaba Miguel siempre en primera fila, intentando a ir más allá, más lejos hacia la interminable utopía, abriendo con su cuerpo el camino de la luz, hombre para los demás. El encuentro con Marcelino le ratificó en sus convicciones solidarias y filantrópicas, pero éstas eran ya previas en él, pues desde que llegó a Munich pasaba sus tardes visitando los hospitales por cuenta propia, animando a los enfermos desconocidos, llevándoles bombones, estando ahí las tardes de sus domingos. ¿De dónde saca tanto bien un alma no cultivada que además ha tenido una infancia tan dura? Lo cierto es que sus predilectos indiscutibles serán siempre los débiles, de una forma muy especial los ancianos y los enfermos; ya en España jugaba a la lotería de los ciegos porque le encantaba ayudar con su compra a la viejecita que vendía los cupones. En fin, resulta misión imposible contar detalles porque su existencia entera fue un detalle desde la mañana a la noche, él era un río de detalles, el hombre-detalle a la par que el hombre-mitín.

Todo su desespero lo constituían, ay, los propios compañeros que sin conciencia de clase hacían el juego servil a los jefes, incapaces como ellos de superar el espíritu burgués, egocéntrico y no cultivado. Había que estar allí para escuchar las arengas, las reprimendas a los suyos, a los que a toda costa anhelaba despertar: ¡qué arte, qué soflamas, qué incandescencia hecha palabra! Y siempre con el mismo sentido: ¡arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan! Los mítines de Miguel contra/en favor de sus propios compañeros de brega hacían época: ¿quién que los haya presenciado podrá olvidarlos? ¡Qué conciencia de clase tan primointernacionalista! No se resignaba

nunca a perder la dignidad de obrero. Amaba a la clase trabajadora porque no le gustaba. Y odiaba la injusticia. Era militante por lo que muchos han sido militantes a secas: por humanismo, por motivos éticos. Y, cuando conoció a Marcelino, redobló su militancia por plétora de amistad con Marcelino y con las fidelidades a las que Marcelino era fiel. Miguel creía en el ser humano, y cuando ese ser humano era tan bueno como aquel Marcelino que tan intensamente vivía lo humano y lo divino, creyó en Dios. ¿Acaso no es así de sencillo muchas veces el proceso de la fe, en gran medida? Sea como fuere, en adelante, la historia de Miguel sin la de Marcelino no tendrá sentido. Ahora será la de Miguelmarcelino.

Desde las chabolas de Orcasitas al Barrio del Pilar, y desde ahí a la morada eterna

Vuelto a España se casa por la Iglesia con Mary. La historia de Miguel con Mary constituye a su vez capítulo aparte, como todo lo de Miguel. La había conocido siendo ella chica de servicio, y le había ayudado ocasionalmente. En Mary aún no se había destapado la grave enfermedad mental, una esquizofrenia agudísima, pero de algún modo saltaba a la vista su cordedad mental. Y Miguel, fiel hasta la muerte, nunca mejor dicho, se buscó un «chabolo» en la madrileña barriada de Orcasitas, en medio de un enjambre de miseria, de marginalidad y de delincuencia. Pobre como las ratas, aquella chabolita santa mil veces jalbegada emanaba luz por doquier y su limpieza era tanta, que hasta comer en el suelo se hubiera podido. Hoy todo aquello ha desaparecido y en su lugar lucen barrios de moderna alzada.

Allí nació muerto un hijo suyo, y más tarde vendría otro sano y salvo, al que ya Mary no podrá atender por su derrumbamiento psíquico, y del que se harán cargo primero unas monjas y luego una familia murciana. Miguel, de todos modos, siempre pendiente de su hijo, ahorrará por vez primera en su vida de su salario de peón, por si ese hijo lo necesitara algún día.

Luego vinieron avatares varios y peliagudos, entre otros el de su paso por un Instituto de Bachillerato en San Fernando (Cádiz), donde —ácrata has-

ta la cepa— por no acostumbrarse al uniforme de bedel lo abandonó todo y se largó a Alemania de nuevo hasta su vuelta, avatares que prefiero no recordar porque tampoco dan muestra de gran sensatez por parte de Miguel. Nadie es perfecto en este mundo.

Trasladados al Barrio del Pilar, al número 1 de la calle Celanova, una casita elementalísima de renta menos que mínima, los primeros años los distribuyó entre su trabajo y la atención a Mary; luego, prejubilado él mismo por la enfermedad, sólo vivió para Mary y para los demás. ¡Hay que ver cómo se cuidaban mutuamente! Aunque Luis Cobiella y Concha Capote se quieran de manera tan maravillosa y ejemplar, debo decir que nunca vi quererse de ese modo: Miguel amaba tiernamente a una persona esquizofrénica en su plenitud pática y, a la recíproca, Mary miraba y mimaba a Miguel con un candor y una sublimidad tales como sólo un loco enamorado puede mirar. Creo que Miguel se hizo loco con Mary desde su extrema lucidez demostrando así que no sólo era capaz de empobrecerse con los pobres, es que también demostró ser capaz de enloquecer con los locos por amor a ellos, manteniendo la máxima lucidez a la par. Y para Mary Miguel era todo, su amor, su marido, su enfermero, el sol y el pan de cada mañana.

Cuánta ternura, Dios mío, eres capaz de poner en el alma de algunas personas. Aquel hombre enfermo, sin nada, con una mujer loca y un hijo cuidado por otra familia en Murcia, en lugar de estar abrumado por la adversidad era la gracia personificada, la imagen viva de una alegría incontentible, la donación total. Fe, esperanza y caridad habían anidado en su corazón, y sólo alguien demasiado miserable hubiera podido no sentir sano orgullo de Miguel por aquel milagro. Salían a tomar el sol, a pasear larguísima caminatas por todo Madrid, por la Dehesa de la Villa, horas y horas. Hablaban con los niños (¡qué ternura!), con los pobres, con los viejos, con los tontos. Y así, hasta la hora de la muerte, esas conversaciones reverberan en el cosmos y pueden *et in saecula saeculorum* volver a ser escuchadas por todos los enamorados de cualquier signo, pues nada tan intensamente amado desaparece bajo la bóveda de las estrellas. El amor es más fuerte que la muerte. ■